

## **23ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 7,31-37**

*En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. El, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo:*

*-Effetá (esto es, «ábrete»).*

*Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.*

*Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían:*

*-Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos.*

# **SIEMPRE ESCUCHAR**

El Evangelio de este domingo nos describe el episodio de la curación milagrosa de un sordomudo realizada por Jesús. Se dice que le llevaron a un sordomudo pidiéndole que le impusiera las manos. Sin embargo Jesús realiza sobre él diferentes gestos. Primero, «*le aparta de la multitud*». En esta ocasión, como en otras, Jesús «*actúa siempre con discreción*». No quiere impresionar a la gente, Él no busca popularidad o éxito, sino que «*desea solamente hacer el bien a las personas*». Con esta actitud, Él nos enseña que el bien se realiza sin ostentación, sin «*hacer sonar la trompeta*». «*El bien se realiza en silencio*».

Luego, «*puso los dedos en las orejas del sordomudo y con la saliva le toca la lengua, mira al cielo, suspira y dice: ¡Ábrete!*». Este hombre no podía hablar porque no podía oír y Jesús para curarle de su mal, «*primero le pone los dedos en los oídos y luego en la boca*». No obstante Jesús quiere dejar claro que su acción, «*el milagro de su curación sucede en razón de su unión con el Padre*». Por esto, levanta la mirada al cielo, emite un suspiro y pronuncia la palabra resolutiva «*Effatá*», que significa «*Ábrete*». Y en seguida el hombre queda curado, se le abren los oídos y se le suelta la lengua. La curación fue para él una «*apertura a los demás y al mundo*».

Los milagros de Jesús no son fines en sí mismos, son «*signos*». Lo que Jesús obró un día en una persona en el plano físico, indica lo que Él quiere hacer cada día en cada persona en el plano espiritual. En esta ocasión la condición de la persona tiene un valor simbólico particular. Y es que ser sordomudo es una enfermedad, pero también es un símbolo, es el «*símbolo de la sordera*».

Todos tenemos oídos, pero muchas veces «*no somos capaces de escuchar*». Tenemos de hecho una «*sordera interior*» que hoy podemos pedir a Jesús que nos toque y nos sane. Y esta sordera interior es peor que la física, porque es «*la sordera del corazón*». Y es que atrapados por las prisas, por mil cosas que hacer, «*no encontramos tiempo para escuchar a quien nos habla*». Corremos el riesgo de volvemos impermeables a todo y de «*no atender a quienes necesitan ser escuchados*»: los hijos, los ancianos, muchos que no necesitan tanto palabras y sermones, que «*sólo necesitan ser escuchados*». Hoy es una buena ocasión para preguntarnos sobre nuestra capacidad de escuchar, de escuchar a los que están cerca de nosotros.

Pensemos en «*la vida familiar*». ¡Cuántas veces se habla sin antes escuchar, repitiendo una y otra vez nuestros propios estribillos! Incapaces de escuchar, no dejamos que el otro termine de hablar, de expresarse y lo interrumpimos. También podemos encontrarnos unos «*padres sordos*» porque no entienden que ciertas actitudes extrañas o desordenadas de sus hijos pueden esconder una petición de atención y de amor. O un «*esposo sordo*» cuando no sabe ver en el nerviosismo de su esposa la señal del cansancio o la necesidad de una aclaración. Y lo mismo puede ocurrir a la inversa.

Y estamos «**mudos**» cuando nos cerramos, por orgullo, en un silencio esquivo y resentido, mientras que tal vez con una sola palabra de excusa y de perdón podríamos recuperar la paz y la serenidad, en definitiva «**romper el silencio**». San Agustín decía a la gente en un discurso: «**Es imposible saber en toda circunstancia qué es lo justo que hay que hacer: si hablar o callar, si corregir o dejar pasar algo**». He aquí entonces que da una regla que vale para todos los casos: «**Ama y haz lo que quieras**». Preocúpate de que en tu corazón haya siempre amor. Después, «**si hablas será por amor, si callas será también por amor**», y todo estará bien porque del amor no viene más que el bien.

«**La curación del corazón comienza con la escucha**». Aunque estemos con personas aburridas que siempre dicen lo mismo... ¡Escúchalas! Y luego, cuando terminen de hablar, habla tú, pero escucha todo. Esto «**restablece el corazón**».



Y lo mismo ocurre con el Señor. Hacemos bien en inundarle con peticiones, pero haríamos mejor si primero lo escucháramos. Jesús así nos lo pide. En el Evangelio, cuando le preguntan cuál es el primer mandamiento, responde: «**Escucha, Israel**» y luego añade el primer mandamiento: «**Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón [...] y a tu prójimo como a ti mismo**». Pero en primer lugar: Escucha, Israel. «**Escucha, tú**».

Somos cristianos, pero quizás, entre las miles de palabras que escuchamos cada día, no encontramos unos segundos para dejar que resuenen en nosotros algunas palabras del Evangelio. «**Jesús es la Palabra**» y «**si no nos detenemos a escucharlo, pasa de largo**». Decía san Agustín: «**Tengo miedo del Señor cuando pasa**». Y el miedo era «**dejarlo pasar sin escucharlo**».

Pero si dedicamos un poco de tiempo al Evangelio encontraremos un secreto para nuestra salud espiritual. He aquí la medicina: «**cada día un poco de silencio y de escucha, algunas palabras inútiles de menos y algunas palabras más de Dios**». El Evangelio en el bolsillo ayuda mucho. Escuchemos hoy, como el día de nuestro bautismo, las palabras de Jesús: «**¡“Effatá, abrete”!**» «**Abrete los oídos**». Jesús, deseo abrirme a tu Palabra, abrirme a tu escucha. Jesús sana mi corazón de la «**cerrazón**», Jesús sana mi corazón de la «**prisa**», Jesús sana mi corazón de la «**impaciencia**».

Que la Virgen María, mujer abierta a la escucha de la Palabra que en ella se hizo carne, nos ayude cada día a escuchar a su Hijo, Jesús, en el Evangelio y a nuestros hermanos y hermanas en la vida, con un «**corazón dócil, paciente y atento**». ¡Que así sea!